

EL VIRREY DE OUIDAH DE BRUCE CHATWIN:
un estudio de las consecuencias del asentamiento
a través de su protagonista

ISABEL LÓPEZ HERNÁNDEZ
Universidad Politécnica de Madrid

Recepción: 7 de octubre de 2019 Aceptación: 10 de mayo de 2020

Resumen: El escritor británico Bruce Chatwin (1940-1989) creó *El Virrey de Ouidah* con el fin de estudiar las consecuencias del asentamiento. El presente artículo analiza la evolución que sufre en la novela su protagonista, el traficante de esclavos brasileño Dom Félix de Souza, al renunciar al mundo nómada.

Palabras clave: Asentamiento, Bruce Chatwin, nómada, *El Virrey de Ouidah*, horreur du domicile.

Abstract: The British writer Bruce Chatwin (1940-1989) built his novel *The Viceroy of Ouidah* in order to study the consequences of embracing sedentarism. This article analyses the evolution of the main character in the book, the Brazilian slave trader Dom Felix de Souza, who renounced nomadism.

Keywords: Sedentarism, Bruce Chatwin, Nomadism, *The Viceroy of Ouidah*, Horreur du domicile.

Introducción

Blaise Pascal pensaba que el origen de la infelicidad radicaba en la incapacidad de enfrentarse a la idea de la muerte (Pascal, 1998: 78). Por ello se buscan

[223]

constantemente distracciones que desvíen al ser humano de su única preocupación: la desaparición. Por esta razón, el hombre está condenado a viajar de manera perpetua, a cambiar de lugar con el único fin de evitar la pregunta existencial. Baudelaire consideraba que se trataba de una enfermedad, «horreur du domicile», el horror a permanecer en casa (Baudelaire, 2010: 12). Bruce Chatwin sufría las consecuencias de esta dolencia y dedicó su vida a investigar las raíces del problema preguntándose: ¿Por qué el hombre viaja en lugar de quedarse en casa? Consagró todo su esfuerzo a la búsqueda de una explicación a esa desazón moral. Ni su vida ni su obra pueden comprenderse sin tener presente este interrogante. Cada una de sus creaciones trata de una u otra manera sobre el desasosiego humano. Constituyen un estudio de la *anatomía de la inquietud*, como él llamó en una ocasión al análisis del instinto viajero del hombre. Existe una clara reiteración temática en su obra que aspira a justificar su corriente de pensamiento. Por ello, se puede observar un recorrido sistemático del estudio de su obsesión en todas sus obras, aunque introduce modificaciones a su discurso. En *El Virrey de Ouidah*, por ejemplo, examina la pérdida de la inocencia edénica de las tribus nativas por la llegada de la civilización europea. Esa misma degradación la trata en *En la Patagonia* cuando dibuja el alcoholismo o pobreza a la que se ven abocados los nativos. La colonización, para Chatwin, es una fuerza envilecedora ya que supone una renuncia al nomadismo (Meanor, 1996: 43). Al final del camino esa inquietud que le persiguió hasta el final de sus días se tradujo en una obra literaria compleja y única compuesta por cinco obras: *En la Patagonia*, *El Virrey de Ouidah*, *Colina Negra*, *Los trazos de la canción* y *Utz*. Chatwin se pregunta qué ocurriría si nunca se saliera de casa con *El Virrey de Ouidah* y *Colina Negra*. *En la Patagonia* y *Los trazos de la canción* comparten el viaje como filosofía de vida y como forma de creación. Fueron escritos mientras avanzaba por territorios vírgenes e intentaba desentrañar la respuesta a esa huida constante del lugar de procedencia. *Utz* es la novela sobre un personaje antinómada, un coleccionista compulsivo en constante búsqueda de la inmortalidad (López Hernández, 2018: 37-38). A través de ellos, indagó acerca de la verdadera naturaleza del alma viajera. Analizó en estos libros el espíritu nómada que le impulsaba a emprender el camino convirtiéndose finalmente en uno de los escritores más originales del pasado siglo. Su inquietud le transformó en un viajero literario herido por la nostalgia de un pasado nómada (López Hernández, 2018: 35-36). Con *El Virrey de Ouidah*, Chatwin consiguió alejarse de la etiqueta de escritor de viajes que le habían impuesto desde la redacción de su obra *En la Patagonia*. Al mismo tiempo, profundiza en el tema que constituye la columna vertebral de su obra en conjunto, el desasosiego humano que le inspiró Baudelaire, introducido en *En la Patagonia*. Con la narración de la vida del traficante de esclavos amplía los argumentos elaborados en torno a su

obsesión. En esta novela se vuelca específicamente en el estudio de un espíritu inquieto, en particular (Murray, 1993: 56). Elaboró una obra de ficción en la que relata la vida del traficante de esclavos brasileño Francisco da Silva, que existió en la realidad. *En la Patagonia* fue un viaje interior del propio escritor y al mismo tiempo un traslado físico, avanzando siempre hacia la cueva del brontosaurio. Sin embargo, *El Virrey de Ouidah* representa una novela de espacios cerrados y de confinamiento mezclado todo con tintes exóticos. Trata de un hombre cuyo trabajo consiste en recluir a otros. Domina siempre un sentimiento de opresión que llegó a afectar al propio Chatwin por la crueldad del material reunido. Probablemente, por esta razón, trabajó en lugares tan dispares como Ronda, la isla griega de Patmos y la Toscana para finalizar la novela. Chatwin estudió las consecuencias del asentamiento.

Orígenes de la novela *El Virrey de Ouidah*

Tras el éxito de *En la Patagonia*, Chatwin visitó por segunda vez el reino de Dahomey, en África. Su intención era recopilar material para lo que pretendía ser una historia real sobre el traficante de esclavos brasileño Dom Félix de Souza. En el prefacio a la primera edición de *El Virrey de Ouidah*, eliminado en ediciones posteriores para evitar el eterno conflicto de género de las obras de Chatwin, describe su primera visita al país:

Cuando fui por primera vez a Dahomey en 1971, aún se llamaba así, Dahomey, y Cotonou, la capital, seguía siendo una ciudad de carcajadas rotundas y cervecerías francesas. Seis años más tarde, un nuevo Presidente le había cambiado el nombre por el de República Popular de Benin, y los sacerdotes fetichistas de Ouidah habían colocado retratos de Lenin entre los ornamentos escarlata del Panteón del Trueno. Yo había ido por segunda vez con el propósito de reunir materiales para una biografía del traficante de esclavos, brasileño y blanco, Francisco Félix de Souza (Chatwin, 2001: 7-8).

Continúa relatando la vida de De Souza, el traficante de esclavos más famoso del mundo que se instaló en el puerto de Ouidah a principios del siglo XIX. La historia de su ascenso y caída encauza la trama esencial del libro de Chatwin. Sin embargo, el autor se vio obligado a convertirla en una obra puramente narrativa. Se tropezó con una reseñable escasez de material que no le ayudó a perfilar la biografía del protagonista. Unas de las dificultades fundamentales que debió arrostrar fue la carencia de archivos de la familia Souza en Benin. El último gobernador portugués (1961) había ordenado quemar el fuerte de Ouidah y con ello destruyó todos los archivos existentes desde 1725.

Su encuentro con Pierre Verger, experto en los vínculos culturales entre Bahía y África y en todo lo relacionado con el tráfico de esclavos, tampoco le fue provechoso. En una carta a su esposa Elizabeth (Shakespeare, 1999: 326) destacó lo poco práctica que le había resultado la información de este famoso erudito en temas afro-brasileños y su hermetismo a la hora de desvelar nuevas aportaciones. La conjunción de todos estos obstáculos fue esencial a la hora de adoptar la decisión que le conduciría a cambiar de género. La recopilación de material para la redacción de una biografía se estaba convirtiendo en una verdadera prueba de fuego para Chatwin. Sólo surgían problemas a su alrededor. En la carta a Elizabeth enviada desde Porto Novo, la capital de Benin, confesó abiertamente su intención de dar el salto hacia una obra de ficción. Una lectura de Balzac le decantaría definitivamente por esta opción. Después de leer al autor, decidió la adopción de un estilo semejante al del maestro francés (1999: 329).

A esta amalgama de adversidades debe añadirse una más que le condujo inevitablemente hacia la redacción de una novela en lugar de una biografía. Durante esa segunda visita a Dahomey en 1978 para reunir material acerca de la vida de Francisco de Souza, le sorprendió en mitad de un golpe de Estado que transformaría el reino en la República de Benin. Chatwin sufrió unas consecuencias catastróficas derivadas de este acontecimiento histórico. La versión más suave cuenta que fue encarcelado al ser confundido con un mercenario. Pero se dispone de numerosas interpretaciones del incidente. Junto a aquella que Chatwin relata en el prefacio a la primera edición del libro y la descrita en el artículo *À Coup*, incluido en su obra *Qué hago yo aquí*, habría que sumar la que él mismo mencionó en su diario y otras tantas narradas en cartas o en conversaciones con amigos refiriéndose a una posible violación sufrida por Chatwin durante el transcurso de este viaje. Esta versión constituye la posible explicación a la existencia de tantas aclaraciones divergentes de lo allí acontecido (1999: 332-333). Chatwin era un maestro en el arte de mezclar realidad y ficción o en añadir información cada vez que relataba una anécdota. Si, además, como es el caso, la realidad se caracterizaba por su dramatismo, se comprende que evitara la narración de semejante episodio. Lo importante, en todo caso, es quedarse con la esencia de cada una de esas crónicas. Tras el suceso, decidió no volver nunca más al país. Poseía, de todas formas, las bases de su libro, que completó con una visita a Río de Janeiro. Acumuló allí el material brasileño necesario para la consecución de su objetivo. Terminó escribiendo un texto narrativo, aunque su propósito inicial había sido muy distinto. Además, el Souza real se convirtió en su particular De Souza Francisco Manoel da Silva:

Salí de allí con el esquema de la historia y muchas impresiones vividas...
Estos son los antecedentes de mi libro. Pero el material estaba tan

fragmentado que resolví cambiar los nombres de los personajes principales... y me puse a escribir una obra de imaginación (Chatwin, 2001: 9-10).

La dramática experiencia personal sufrida en el viaje afectó, como es lógico, al resultado final de la obra. En *El Virrey de Ouidah* dominan los espacios cerrados y las sensaciones de opresión. Todo parece comprimido en pequeños compartimentos. Se habla de dos continentes y de dos siglos en una trama que se desgrana en apenas 130 páginas. Menudean las frases cortas y los párrafos pulidos, pero recargados de palabras eruditas difíciles de entender en muchas ocasiones. El protagonista del libro, Francisco, cae, además, víctima de torturas e imágenes sangrientas. Chatwin, al transmitir tal magnitud de sensaciones de reclusión y hermetismo, cambia la perspectiva con la que enfocó el tema del horror al domicilio en su obra anterior. En *la Patagonia* había sido un viaje en el que Chatwin avanzaba hacia el origen. Se trataba de una búsqueda de un trozo de su niñez y se celebraba la lejanía de la patria (López Hernández, 2019: 86). *El Virrey de Ouidah* es la historia de las consecuencias del asentamiento analizados a través de su protagonista Dom Francisco. Por esta razón, desde el inicio de la novela prevalece el espacio cerrado frente al abierto, el asentamiento frente al movimiento. Ya desde la primera escena, donde se describe la celebración de la muerte de Francisco Manoel, el lenguaje traslada al lector hacia un mundo de límites cercados. La familia se cita en la catedral, sinónimo de recogimiento, una tarde asfixiante e inmortaliza el momento en una fotografía donde aparecen todos los miembros del clan reunidos: «La familia de Francisco Manoel da Silva se había reunido en Ouidah para honrar su memoria con una misa de réquiem y una cena en una de las habituales tardes sofocantes de marzo» (2001: 13).

El Virrey de Ouidah reúne en sus páginas todas las obsesiones y miedos de Chatwin sobre cualquier condición opresiva. Detestaba el encierro. Ese desasosiego que le invadía de cuando en cuando ha quedado reflejado en esta novela. Su biógrafa Susannah Clapp cuenta que cuando vivía en el valle de Ozleworth, en Gloucestershire, se deprimió tanto al verse rodeado y cercado por las colinas que solía golpearse la cabeza contra la pared (Clapp, 1997: 192). Le resultaba difícil sentarse delante de su propia mesa y escribir. Siempre intentaba localizar ese lugar ideal donde crear. El conflicto surgía porque ese nido creativo lo encontraba lejos del hogar. Le parecía más sencillo ir a casa de alguien y ocupar su terreno. Al mismo tiempo buscaba con pasión un espacio que fuera sólo suyo. En una ocasión escribió: «Todos, de una forma u otra, somos territoriales y carece de sentido tener un lugar que no es propiedad de uno» (1999: 369). Sin embargo, era incapaz de permanecer en un mismo sitio, el aburrimiento se apoderaba de él y comenzaba a mostrar los síntomas de la enfermedad del asentamiento. A este rasgo de su personalidad se añadió, durante la redacción del manuscrito, un suceso concreto de su vida personal.

En esa época comenzó a distanciarse de su mujer (1999: 332). Cada vez la incluía menos en sus planes. Las cartas a sus amigos durante la época de redacción explican su necesidad de vivir solo y muestran su furia por su incapacidad para actuar ante ciertos planes de su esposa, como, por ejemplo, la venta de su casa en Inglaterra. Padecía una ira equivalente a la de Francisco cuando contrae matrimonio y empieza a sufrir ataques de locura incontrolada. Da la sensación de que *El Virrey de Ouidah* surgió con mucha dificultad: su experiencia personal cuando recopilaba material; el empeoramiento de las relaciones con su esposa, y la propia materia prima con la que tuvo que trabajar parecieron confabularse en su contra. El libro llegó a resultar una carga para el mismo Chatwin.

La evolución de Dom Francisco

A pesar de tratarse de una obra en la que se intuyen y reflejan obsesiones personales, Chatwin evitó cualquier implicación en el argumento. Se alejó de la trama y describió el personaje de Francisco da Silva con una objetividad que a veces sobrepasa al propio Chatwin. Construye un héroe ambiguo cuya libertad depende de la esclavitud de otros. Es un negrero expatriado, un caminante al que los sufrimientos de su niñez le endurecen hasta tal punto que no siente el dolor de otros. Numerosas motivaciones llevaron al escritor a fabricar un personaje de estas características. En una ocasión aseguró que albergaba un interés clínico por los Mesías, por aquellas personas de orígenes humildes que con el paso del tiempo se convierten en dioses (1999: 359). La historia de Dom Francisco respondería a este interés. El personaje experimenta una evolución desde la pobreza hasta la adquisición de un poder sobrehumano. Por otra parte, la historia de Dom Francisco, es decir, de un traficante de esclavos, encontraría su paralelismo en la vida de un ejecutivo de cualquier empresa importante (1999: 359). Ambos se ven arrastrados, a pesar de su bondad original, por las condiciones y reglas dictadas por un sistema económico establecido. Chatwin moldea con él un héroe que desciende a los infiernos al pervertirse moralmente. La caída de Dom Francisco equivale a la degradación que el mundo moderno está sufriendo al ser víctima de un mecanismo social basado en la explotación y el esclavismo. Chatwin se limita a describir ese proceso de envilecimiento restringiendo al máximo su implicación o valoración personal. Sólo se permite la licencia de incluir un comentario negativo acerca del negocio del tráfico de esclavos cuando describe la misa celebrada con motivo de la partida del bergantín *Pistola*, en el que viajaba Francisco hacia África. Narra la escena con una profunda ironía. Los asistentes, a pesar de tratarse de hombres que se habían manchado las manos de sangre, contemplaban píamente el

cuerpo de Nuestro Señor Moribundo. El cura reza una plegaria nada más y nada menos que al Patrono de Los Traficantes de Esclavos, San José El Redimido. Un santo que, por supuesto, no logrará su salvación. Quizá por esto, el cura incluye una plegaria más extensa que la anterior por las almas de los Hermanos Negros: «Las respuestas gangosas se elevaban hasta el cielo raso, donde el profeta Elías, entre espirales de humo y llamas, continuaba su viaje en carro rumbo al Todopoderoso» (2001: 93). La iglesia donde se celebra la misa luce unos mosaicos donde se aprecian las pinturas de galeones estrellados contra rocas, pero salvados por la Virgen Bendita que aparece envuelta en una aureola sobre el palo mayor de ellos. Las obras pictóricas muestran, por tanto, cómo Dios protege a los hombres que arriesgan su vida en semejante negocio. La ironía llega incluso al sarcasmo cuando narra cómo los asistentes a la misa, todos ellos involucrados en el tráfico de esclavos, se identifican con el cuerpo lechoso, es decir, también blanco como ellos, de Cristo. Se contraponen a esta ironía, donde el autor se implica momentáneamente en la trama de la obra, la descripción asombrosamente objetiva del trato sádico que recibían los esclavos. Según Patrick Meanor, Chatwin pretendía con este análisis clínico de los procedimientos salvajes mostrar la profunda hipocresía del cristianismo, una religión que es capaz de adaptar cualquier actividad a su esquema de lo sagrado. Meanor recalca el hecho de que existiera un patrono de los esclavos. Una cuestión que habla por sí sola de esta versatilidad moral (Meanor, 1996: 53). El contraste entre ambos puntos de vista subraya la duplicidad ética de la élite esclavista y la aparente inmunidad de sus acciones. Creen perdonados sus pecados al arrodillarse ante el altar.

El personaje de Dom Francisco experimenta una gran evolución a lo largo de la novela. Chatwin convirtió la figura del protagonista en un ser complejo, lejos de los estereotipos asociados a la maldad. A través de él, se muestra en el libro la íntima conexión existente entre el sufrimiento y el desarrollo de la personalidad. Las adversidades convierten a Dom Francisco en un ser brutal. Con ello, Chatwin, dibuja los complejos procesos psicológicos que llevan a las víctimas a transformarse en verdugos. El autor describe esta metamorfosis con una gran maestría. Patrick Meanor lo califica de milagro literario, puesto que consigue retratar a un sádico y despreciable sociópata que, sin embargo, no pierde ningún rasgo de misterio como ser humano hasta el final de la novela. Esta habilidad se puede trasladar al resto de personajes del libro. Todos ellos están lejos del estereotipo y del maniqueísmo (1996: 49).

La descripción de la evolución de Dom Francisco guarda dentro de sí el núcleo central de la novela: las consecuencias del asentamiento. El protagonista se resigna a permanecer en África construyendo así un imperio cuya riqueza nace de su propia esclavitud y de la de otros. Su decisión alterará el ritmo del mundo y la economía del país al erigirse como el mayor traficante

de esclavos. Se transforma en un Caín que ha traicionado a Abel, aunque esta vez se trate de su propio *alter ego*. Su bienestar material nace de la explotación y de un negocio nada honrado. Trafica con almas humanas a las que encierra para siempre en un mundo donde son utilizadas como bestias. Pero a Dom Francisco no le preocupa la deshumanización paulatina que va degradándole dentro de sí. Una vez traicionada su alma viajera, le quedan pocos principios que perder.

Dom Francisco había heredado su espíritu inquieto del amante de su madre, Manuelzinho, un vagabundo. Éste representa el único modelo masculino para el joven Francisco. Reina un sentimiento de soledad durante sus primeros años en Brasil que, sin duda, contribuirá a definir su personalidad agresiva. Manuelzinho entrega a Francisco antes de morir sus ropas de viaje y partirá con la sensación de que la única felicidad reside en el momento del comienzo del viaje. Ganará la experiencia de toda clase de trabajos y aprenderá a disfrutar de los placeres sangrientos, presagio del futuro que le espera. De aquella época no recordará los rostros, sino más bien sensaciones concretas como «el placer de la sangre caliente borboteando sobre sus manos» (2001: 73). Un encuentro fortuito con un bandido llamado Cobra Verde, el vagabundo de los montes, le impulsará a alimentar su espíritu viajero. Pensaba, al igual que él, que su destino era vagar de un lugar a otro: «El hombre caminaba dieciocho leguas por día, descalzo entre los cactus. —No confío en nadie—dijo—. ¿Por qué habría de confiar en un caballo?» (2001: 73). Cobra Verde le enseña además a no fiarse siquiera de su propio caballo.

Sin embargo, el momento del asentamiento se torna inevitable para Francisco y comenzará su pesadilla. Al viajero infatigable, un día gris, de mal augurio, se le acaban los días de peregrino: «Y también él creía que seguiría deambulando eternamente: sin embargo, en el día de santa Lucía de 1807 —un día gris, sofocante, que encerraba un presagio de lluvia— terminaron los viajes sin rumbo» (2001: 73). Conoce a una mujer, se casa y empieza a trabajar en un rancho. Poco a poco la monotonía de la vida en sociedad se apodera de él y acepta las costumbres de sus semejantes. Durante unos años prefirió vender los animales que su capataz le cedía en cada rodeo. Optó por acumular dinero en el bolsillo antes que riquezas de las no pudiera deshacerse en un instante, quizá por si repentinamente decidía partir. Sin embargo, un buen día, encargó al herrero un hierro para marcar los terneros de su propiedad y sintió placer al frotar el sebo caliente en sus propias iniciales. Había dado el primer paso hacia el descenso a los infiernos. Comenzó a saborear las satisfacciones de la posesión de bienes privados y aprendió a tratar la mercancía generadora de riqueza. Su período de instrucción en el rancho, incluido el marcado de la propiedad, le servirá más tarde en su negocio de los esclavos. Siente los primeros síntomas del fetichismo que gobernará su universo ideológico. No obstante, su alma

viajera no ha muerto del todo. La vida en familia le ocasiona tensión y la violencia contenida requerirá un escape. Vivir continuamente en una misma casa se torna un tormento. Chatwin describe a la esposa como la antítesis del viajero, con movimientos mecánicos y rígidos. Francisco alberga incluso deseos de asesinarla. La única manera de calmar su instinto es dormir fuera del hogar: «Se habituó a dormir al raso, con la esperanza de recobrar el equilibrio bajo las estrellas» (2001: 75). Pese a ello, su descomposición es ineludible. Desde el instante en el que decidió cambiar las monedas por bienes materiales y disfrutó del olor a quemado en la piel de sus terneros, se había desencadenado su desintegración como ser humano. El siguiente paso será su iniciación en el mundo de la tortura y el sacrificio. Descubre que el ejercicio del poder le despierta placer. No puede evitar la comisión de actos inhumanos, a pesar de que en sus primeras manifestaciones los lamenta solitariamente: «Hostigó a la rana con una vara. Aquélla se puso rígida de miedo. Observó cómo sus ojos viraban del plateado al púrpura. Cogió una piedra y la machacó hasta reducirla a un pringue vetado de sangre, y durante una semana íntegra, lamentó lo que había hecho» (2001: 76). El momento culminante de su rabia contenida brota con el nacimiento de su hija. No puede soportar la carga y la responsabilidad de una nueva vida que le ata a un mismo sitio para siempre e inicia una última huida con el fin de recuperar el equilibrio. Le resulta imposible presenciar el parto y esgrime una excusa para marcharse de viaje. Una vez nacida su heredera, sufre un ataque de furia. Los llantos de la criatura le impiden tocar la guitarra y tal es su ira que la rompe sobre sus rodillas. Al advertir que su instinto asesino puede perjudicar a su pequeña se ve obligado a marcharse. Sus viajes en solitario son la tabla de salvación que le mantiene cuerdo, aunque sólo supondrán una tregua hasta su exilio en tierras africanas. Comprende que sólo puede permanecer en lugares abiertos: «pensaba que cualquier conjunto de cuatro paredes era una tumba o una trampa» (2001: 78). A partir de este momento será un intruso, un hombre sin tierra ni hogar que pasa junto a las casas y mira a través de sus ventanas, envidiando «los placeres simples del tacto y la confianza» (2001: 78). Se siente rechazado por las gentes que habitan en estos hogares y busca desesperadamente algún acto de mortificación que le libere del peso de la culpa. Sin embargo, algo le impedía sumarse siquiera a las plegarias de las aldeas por las que pasaba en su incesante viaje. En el transcurso de una de estas escalas, se detuvo a conversar con el sacristán de una iglesia. Éste le enseñó el cadáver de Cristo cubierto por una mortaja de terciopelo enmohecido. La visión le impresionó de tal modo que rompió a llorar. Las lágrimas mitigaron su pena y perdió el miedo a convertirse en un asesino. Se dirigió entonces hacia las ciudades de la costa: «Como si quisiera purgarse en sangre, trabajó con los matarifes y saladores, y colgaba carne a secar en alambres de cobre. Los calderos de grasa cubrían la ciudad con un palio de humo. Los

sanos morían afiebrados y los sobrevivientes bebían» (2001: 81). El protagonista sigue descendiendo así hacia el sur, hacia el hallazgo que le llevará finalmente a condenarle, paradójicamente, a ser esclavo de su ambición. Su encuentro con Joaquim Coutinho, heredero de la plantación de esclavos llamada Tapuitapera, marcará su destino. Su amigo y más tarde socio representa la riqueza y posición social que ambiciona. Su devoción por él y su visión palpable de la riqueza le harán imaginar que ha hallado el Paraíso: «Nunca había pensado en poseer más que sus cuchillos y unos pocos arreos de plata. Ahora, su sed de riquezas no tenía límites» (2001: 84). Francisco Manoel está atrapado. Durante su estancia en la plantación llegarán a sus oídos historias sobre una tierra donde hay «una Serpiente Sagrada que también era un arco iris; y de reyes con testículos grandes como aguacates» (2001: 87). Se trata del continente africano. En la plantación, donde aprendió del padre de Joaquim los rudimentos de la manipulación y la adquisición, entabla amistad con un liberto yoruba llamado Jerónimo. A través de él descubre el poder de las religiones nativas africanas. Sucumbirá a su potente influjo una vez instalado allí: «Jerónimo le mostró el árbol loko, consagrado a san Francisco de Asís, de cuyas raíces retorcidas se decía que se prolongaban bajo el océano hasta Itu-Aiyé, hasta África, la morada de los Dioses» (2001: 86). A veces, un esclavo sentía cómo sus antepasados le llamaban a través de las hojas. Una voz parece también llamar a Francisco y arrastrarle hacia África. El nombre de «Dahomey» trae a su mente imágenes paradisíacas. De nuevo, la aventura llama a Francisco y no puede sino huir hacia allí.

Joaquim será el que le abra las puertas del Paraíso al recomendarlo a sus socios, quienes le nombran teniente del Fuerte de San Juan Bautista de Ouidah. Todos ellos saben que se dirige a una muerte segura. Incluso se desconocía qué había sido del gobernador de la fortificación. Francisco, ciego de ambición, inicia el viaje que será el principio del fin.

La partida es gratificante pero, a medida que avanza, el camino se torna más duro. En el mar, «todo el mundo perdió los estribos y el contramaestre le rompió los dientes a un marinero con un pasador» (2001: 97). Todo provocado por la violencia generada al permanecer recluidos en un barco durante demasiado tiempo y con el único paisaje del mar infinito rodeándoles. Se trata del preludio de su entrada en las tinieblas. La descripción que Chatwin escribe sobre la llegada de Francisco eleva el momento hasta una experiencia mítica. El personaje cruza el umbral que separa el infierno del cielo, o lo que es lo mismo, su pasado viajero de su futuro como propietario: «El mástil estaba roto, el Escudo de Armas Real había sido mutilado. Los muros carecían de techos y estaban ennegrecidos por el humo. Las persianas habían sido arrancadas de sus bisagras y los cañones se habían desprendido de las troneras y se hundían a través de las paredes de adobe» (2001: 98).

Una vez en Dahomey, Francisco se vuelca en el negocio de la esclavitud. Aunque siempre se había considerado un hombre sin hogar que consagraría su vida a vagar de un lugar a otro, ve que poco a poco se convierte en «un patriota y un hacendado» (2001: 103). A medida que se asienta, el lado monstruoso de su personalidad, que ya había emergido durante sus años de matrimonio, aflora de nuevo y se acrecienta cada vez más. Su trabajo consiste, paradójicamente, en confinar a otros, justamente lo que había intentado evitar. Se olvida de su condición de vagabundo, incapaz de permanecer en un solo lugar. Al mismo tiempo que espera un reconocimiento por parte de su tierra natal, Brasil, le invade el presentimiento de que nunca volverá a salir de África. Esta tierra lentamente va penetrando en él: «Se asimiló a los hábitos de los nativos» (2001: 111). Estos sentimientos no le detienen en la práctica de ciertas tareas, como marcar a los esclavos él mismo, una labor también aprendida durante su vida en Brasil. La única diferencia estribaba en que el ganado estaba formado ahora por seres humanos. Una de las ironías en el personaje de Francisco se observa en el hecho de que su sentido de la economía constituía la única razón por la que discutía los métodos salvajes de los mercenarios del rey de Dahomey. Si los esclavos estaban heridos, perdían valor en el mercado a la hora de su comercialización.

Dom Francisco, a pesar de sucumbir lentamente a las costumbres y creencias africanas, nunca renunciará plenamente a su pasado cristiano. Chatwin refleja esta fe entrelazando a lo largo de toda la novela dos símbolos representativos de las dos culturas: el templo de la pitón y la última cena. Francisco siente debilidad por un oratorio portátil de la Última Cena que ve por primera vez en la capilla de la plantación de esclavos de su amigo y después socio Joaquim Coutinho en Brasil. Desde ese momento desea poseerlo más que ninguna otra cosa en el mundo, puesto que simboliza la riqueza de su amigo y la posición social que anhela alcanzar por encima de todo. Francisco va incluso más allá. No se conformará con conseguir el oratorio, más tarde cedido por su amigo voluntariamente para evitar la vergüenza que un posible regreso de Francisco a Brasil provocaría. El elemento religioso debe ocupar un lugar digno de la idea que simboliza. Por esta razón, una vez rico, se construye en África una casa siguiendo como modelo la de su amigo Joaquim donde colocará el preciado altar. Lo elevará como un elemento primordial de su hogar y su hija lo conservará tras su muerte. El cambio de ubicación del oratorio equivale a trasladar el paraíso a su tierra natal. Es allí donde guarda los recuerdos de una vida feliz. La construcción de este *simbodji* se convierte de esta manera en una réplica de un mítico Camelot, como afirma Patrick Meanor (1996: 48). Este altar reaparecerá algunas décadas más tarde, ya muerta su hija Eugenia, en condiciones pésimas, simbolizando así la lejanía de las creencias cristianas un día tan importante para la familia. La cultura africana había avanzado

notablemente con la agilidad de la serpiente asfixiando las creencias cristianas de la familia.

La naturaleza se apodera de Dom Francisco paulatinamente. Chatwin describe magistralmente cómo el personaje ha sucumbido a su fuerza al narrar el estado en el que la Última Cena había quedado una vez que ya nadie lo adoraba: «Los Doce Apóstoles habían quedado reducidos en su totalidad, por la corrosión, a muñones leprosos. Sin embargo, de la cabeza de Cristo se proyectaban dos cuentas de vidrio azules montadas sobre varillas, como los ojos periscópicos de ciertos peces» (2001: 59-60). África le dominaba finalmente, como delata el estado al que había quedado reducido el oratorio que veneraba. Dom Francisco se entrega gradualmente a los ritos africanos: «Algunas tardes iban al Templo de la Pitón para mirar cómo los novicios hincaban los dientes en el cuello de las cabras vivas» (2001: 111). Soñaba con volver a Brasil, pero su decisión se posponía debido a numerosos obstáculos que le obligaban a quedarse, a adentrarse aún más en África. Al darse cuenta de que no llega ningún tipo de compensación de su tierra natal por el trabajo cumplido, se adentra definitivamente en el mundo africano y en concreto en los misterios del culto a la serpiente. Pero nunca pudo comprender qué le lleva a rendirse a la cultura africana: ¿la sangre?, ¿el Dios? «África lo succionó gradualmente como una ciénaga y lo absorbió en su seno. Quizá por obra de la soledad, quizá por la impotencia para luchar con el clima» (2001: 111), escribe Chatwin. Desconoce cuál es su lugar en el mundo. El destino le conduce irremediablemente hacia los misterios de la Pitón, hacia el animismo, donde puede acercarse a la idea de Dios a través de la naturaleza. Se alejaba del mundo cristiano sin poder evitarlo. El viaje siempre le había producido alegría y había generado en él un sentimiento de felicidad. Marcharse a África representaba esa idea de búsqueda de un lugar mítico en el que asentarse. Pero no contaba con que partía de una premisa equivocada. Deseaba convertirse en propietario, en un hombre a imagen y semejanza de su amigo Joaquim, y eso implicaba precisamente traicionar la felicidad de permanecer caminando sin rumbo. Lo único que logró fue encarcelar su alma en un lugar desconocido del que tuvo que aprender y adquirir costumbres para sobrevivir alejándose cada vez más de sus propias raíces. Su decisión le condena a perder su lugar bajo el sol.

Patrick Meanor llama la atención sobre el nombre elegido por Chatwin para el protagonista de su novela (1996: 46). El hecho de que Francisco de Asís sea el de uno de los pocos santos que se comunicaba con los animales, es decir, que mantenía una estrecha relación con la naturaleza, le hace sospechar que no fue una elección casual. Chatwin no podría haber seleccionado un apodo más adecuado para el protagonista de la novela, un colonizador cristiano que se rinde finalmente a las fuerzas naturales.

Esperando ese reconocimiento de las autoridades brasileñas, que nunca llegará, Francisco se sumerge en África y decide incluso casarse con una nativa del lugar, Jijibou, con la que engendrará un hijo. Establece relaciones con el rey y firma un pacto de sangre. El juramento, de tintes faustianos, le obligará a cumplir una serie de reglas de las que querrá huir más tarde: «Tardó otros treinta años en comprender la magnitud de sus obligaciones» (2001: 126). El rey y Francisco terminan por comunicarse sólo a través de regalos, debido a la repulsa que finalmente le provocarán las crueldades del monarca, coleccionista de calaveras, entre otras cosas. Sus prácticas superan a las de Francisco. Tanta sangre acaba por angustiarse. Su vida se convierte en un martirio. Finalmente, muere loco, anunciando profecías, hablando a las olas en la playa, arruinado por la abolición de la esclavitud. Nunca llegará el agradecimiento de Brasil y repudiará el tráfico de seres humanos. Los brasileños, antiguos esclavos negros, se convierten en su competencia. Sus últimos días los pasa merodeando por Ouidah, sufriendo las consecuencias del adiós a su naturaleza viajera.

Dom Francisco y las consecuencias del asentamiento

Todos los problemas que sufre Francisco son fruto de su asentamiento. Chatwin muestra cómo su personaje, desde el momento en que elige su profesión, deja de viajar y se construye su casa, degrada su propia existencia hasta dejarla en un suplicio. Demuestra cómo el concepto de propiedad privada emerge directamente del asentamiento. El propio Dom Francisco, al enraizarse, se adueña no sólo de la tierra sino también de la gente que vive en ella. El concepto de esclavitud, como Patrick Meanor asegura, deriva de las ideas de propiedad privada, autoridad y privilegio social (1996: 58). La libertad, concretamente la libertad de movimiento, es la antítesis de la esclavitud. La condena que atenaza a Francisco se agravará al no encontrar su sitio dentro de la comunidad de propietarios. Huye a África al sentirse rechazado y desplazado dentro de Brasil. Busca su paraíso en esa tierra llena de promesas y esperanzas. Pero al llegar allí añora el país americano y su Edén será su tierra natal, una tierra que le repudiará. Intentará reponerse de este rechazo mediante el control de Ouidah, donde intentará reconstruir su paraíso a través del levantamiento de esa mansión al estilo de las de Brasil. Cada paso que da en busca de su lugar en el mundo será un escalón hacia un aislamiento cada vez mayor, hasta descender hacia una soledad absoluta una vez que su mayordomo muere envenenado por su propia esposa, Jijibou. Ambas patrias le destierran.

Chatwin diferenciaba entre aquéllos dominados por un alma viajera y los que se rendían al sedentarismo como proyecto vital. Ambas filosofías de vida constituían senderos opuestos de enfrentarse con la existencia. Mientras unos

conservan el alma y espíritu de Abel, otros prefieren seguir los pasos de Caín. Una clasificación similar a la elaborada por el filósofo y psicólogo Erich Fromm cuando distinguía a los que obedecen de los que imponen su ley, a los corderos de los lobos (Fromm, 1966: 11). La elección del camino sedentario equivale, para Chatwin, a la apuesta por nuestro lado ambicioso. Lejos de la bondad del despreocupado Abel, el ser humano cae en las garras del lobezno Caín. Todos los males del mundo provenían de ese desprecio a los principios de Abel. Dom Francisco, en este sentido, significa la ratificación de esta teoría. El virrey adopta el camino del poder convirtiéndose en un lobo que engulle al cordero Abel, despojándose así de su alma viajera. Elige la vía de la violencia, rodeándose y utilizando la muerte en lugar de abrazarse al dinamismo de la vida. Ama la muerte y rechaza la vida. De este modo, se niega a crecer y a crear afianzando cada vez más los signos de decadencia que serán evidentes al final de sus días. Sus últimos años serán una lucha por salir de Ouidah, su paraíso primitivo que se torna progresivamente en una jaula para él. Conservará su vida solamente por ser hermano de sangre del rey y sus hijos le despreciarán refiriéndose a él siempre en tiempo pasado: «A Dom Francisco lo despojaron de su fortuna y sus privilegios, aunque le permitieron alojarse en habitaciones que carecían de todo menos de la cama» (2001: 172).

En el caso de Francisco se añade un elemento más que acentúa las consecuencias nefastas al decantarse por el camino de Caín. Se trata de un hombre ordinario que llega a ostentar un poder extraordinario. Un tipo de personalidad que conforma, según Fromm, un verdadero peligro para la humanidad dados los grados de violencia que llega a ejercer (1966: 18). En el caso de Francisco, su evolución personal desde la pobreza hasta el poder absoluto implica pagar un alto precio, puesto que desarrolla rasgos claros de sadismo. Su fortuna nace de la sangre derramada por otros. La personalidad malvada del hombre corriente se desliza hacia una forma de maldad más acusada que en el caso de alguien que ya goza del poder absoluto desde sus orígenes. Dom Francisco es el hombre corriente que llega a ostentar cargos de enorme responsabilidad y acaba tomando, sin alternativa alguna, las decisiones dolorosas que le impone un sistema ya establecido.

La hostilidad y la violencia de Francisco nacen de la pérdida de su fe en la vida y en la justicia a una edad muy temprana. Desde niño se siente un extraño, incluso entre los miembros de su familia. Cuando Chatwin describe sus primeros años junto a sus padres construye una escena donde se percibe la soledad del personaje: «Los primeros recuerdos del niño consistían en la imagen de la pareja, haciendo chirriar noche y día una hamaca de sisal: nunca conoció una época en que no fuera un extraño» (2001: 65). Francisco no forma parte del núcleo familiar que debería protegerle. Se siente desamparado y observa a través de las ventanas de los hogares de Bahía cómo otras personas disfrutan

de su vida. Francisco no encuentra sentido a la vida ni al mundo. Sus experiencias primigenias son las de un niño que pierde las ilusiones con las que todos nacen y reacciona a esa carencia desarrollando el odio a la propia existencia. Sin duda, sus instintos sádicos son fruto de la insoportable sensación de soledad que gobierna los primeros compases de su biografía. No descubre nada ni nadie en quién creer. La bondad y la justicia no fueron más que palabras vacías. Su destino lo dirige el diablo y los días se presentan como algo insoportable y odioso. Su espíritu se torna cínico y destructor. Francisco comienza a matar animales, casi asesina a su propia hija, rompe su guitarra (refugio de expresión artística) y, finalmente, como no podía ser de otra forma, se dedica al tráfico de esclavos.

Francisco pierde, por tanto, esos vínculos que le proporcionan seguridad y se enfrenta al mundo solo, eligiendo el camino de la violencia. Sólo emprender la marcha le calma. Pero renuncia a la sensación de libertad que proporciona el inicio del viaje y se esconde tras el dolor que él mismo inflige en los demás. El hecho de que su trabajo consista en esclavizar a otros denota su incapacidad para escribir su propia historia libremente. Crea ese mecanismo de evasión. Este miedo a la libertad (1966: 7) que sufre Francisco equivale al pavor que siente a enfrentarse a las preguntas existenciales que obligan a emprender la marcha. Se viaja para espantar los fantasmas de la mortalidad, siguiendo el razonamiento del *horreur du domicile*.

Chatwin dibuja en esta obra a su personaje más exquisito, en el que vierte todas las complejidades de su obsesión por los males del asentamiento. Chatwin plantea la paradoja del viajero. Tanto el viaje como el sedentarismo se ofrecen como mecanismos de evasión. El viajero esquiva sus preguntas existenciales o el tedio de los días repetidos, como asegura Javier Reverte (1998: 384). El que se estanca en la habitación huye de la libertad del caminante. La solución al dilema halla su respuesta en cómo termina sus días Dom Francisco. Su personaje elige el asentamiento y esta decisión le conduce inevitablemente a la infelicidad.

La violencia de Francisco, además, corresponde a la hostilidad del individuo impotente. No es capaz de crear, de transformar y cambiar lo que le rodea en algo positivo, por lo tanto elige el camino de la destrucción. Como Camus expresó en boca de su personaje Calígula:

Vivo, mato, ejercito el poder delirante del destructor; comparado con ese poder, el del creador parece una pantomima. Eso es ser feliz. Eso es la felicidad, esa insoportable liberación, ese universal desprecio, la sangre, el odio a mi alrededor, ese aislamiento sin par del hombre que abarca toda su vida con la mirada, la alegría desmesurada del asesino impune, esa implacable lógica que tritura vidas humanas (Camus, 1999: 148-149).

Para Fromm ésta constituye la forma de violencia de aquéllos a quienes se les negó la capacidad de expresar adecuadamente sus cualidades humanas, tal y como le ocurre a Francisco (1966: 27). No puedo crear, luego destruyo. A Francisco se le añaden además rasgos sádicos, puesto que necesita controlar completa y absolutamente a los demás. Ese impulso que le obliga a dominar y a generar sufrimiento simboliza su rebelión contra su propia mediocridad.

Conclusión

El Virrey de Ouidah se centra en el devenir de un alma viajera que interrumpió su marcha. «Para Chatwin la palabra “nómada” más que un estilo de vida fue una forma de inteligencia» (Gnoli, 2002: 22). Si se elegía seguir la llamada del asentamiento, la enfermedad o la locura terminaban por llamar a la puerta, amenazas que afectan finalmente al personaje que perfiló en esta novela. Una curación posible radicaba para el autor británico en la sencilla práctica de caminar: «Es digno de nota que moverse era, a sus ojos, el modo de entregarse a la única experiencia en que forma onírica, mental y física se enlazaban» (Gnoli, 2002: 27). Sin embargo, el protagonista construye su paraíso oprimiendo a los nativos del país. Sustenta su enriquecimiento sobre la propiedad privada y negando la libertad de movimientos de otros. Su desgracia será no percibir a tiempo que su soberanía depende de un negocio maldito. Como se ha podido observar, el personaje de Francisco encierra una personalidad de una complejidad extrema. Plantea en el lector cuáles son los mecanismos del corazón del hombre. Para ello, Chatwin elabora una fábula en la que el alma humana alcanza una crueldad desmedida. El corazón de Francisco es el corazón de las tinieblas. Un músculo endurecido que ha perdido cualquier rasgo de humanidad y bondad al tomar contacto con las posesiones asentándose en su paraíso. Sólo se atisban rasgos de sensibilidad cuando los síntomas de la decadencia lo apresan convirtiéndole en un alma en pena que vaga por las playas de Ouidah mientras sueña con volver a Bahía. Una escena significativa de sus últimos días resume la moraleja que Chatwin quiere que el lector extraiga de su cuento situado en lugares exóticos sobre un hombre que perdió todo lo que tenía al asentarse. Al ser rechazado por su hijo, Chatwin le presenta como a un pobre anciano desvalido que se tiende a llorar su propio fracaso existencial. Se trata de una estampa cargada de dramatismo cinematográfico. La cámara parece alejarse y Chatwin deja al lector con la instantánea de un hombre que lo ha perdido todo. Francisco, como cualquier ser humano, como ese hombre de negocios con el que Chatwin le comparó, tuvo que elegir, un día, qué camino seguir. Su ansia de posesiones terminó eliminando en él su capacidad para conmovirse con las desgracias de los otros. Aprendió a

evadirse con sus arrebatos de violencia, aun sabiendo que sólo el hecho de emprender la marcha calmaba sus instintos asesinos. Eligió la senda del mal y padece las consecuencias del asentamiento.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUDELAIRE, C. P. (2010): *Journaux Intimes*, Livres Généraux, París.
- BLAISE, P. (1998): *Pensamientos*, Ediciones Cátedra, Madrid.
- CAMUS, A. (1999): *Calígula*, Alianza Editorial, Madrid.
- CHATWIN, B. (2001): *El Virrey de Ouidah*, Muchnik Editores, Barcelona.
- CLAPP, S. (1997): *Con Bruce Chatwin*, Muchnik Editores, Barcelona.
- FROMM, E. (1966): *El corazón del hombre*, Ediciones Fondo de Cultura Económica, México.
- GNOLI, A. (2002): *La nostalgia del espacio*, Seix Barral, Barcelona.
- LÓPEZ HERNÁNDEZ, I. (2018): «La obra literaria de Bruce Chatwin: Disquisiciones entorno a su clasificación», *Odisea*, 19, pp. 35-51.
- (2019): «Bruce Chatwin: En Patagonia», *Nerter*, 30-31, p. 86.
- MEANOR, P. (1996): *Bruce Chatwin*, Twayne's English Authors Series, New York.
- MURRAY, N. (1993): *Bruce Chatwin*, Seren Books, Wales.
- REVERTE, J. (1998): *Vagabundo en África*, Grupo Santillana, Madrid.
- SHAKESPEARE, N. (1999): *Bruce Chatwin*, Harvill Press, London.